

REVISTA CIDOB D'AFERS INTERNACIONALS 59. Rusia, 10 años después

Reflexiones sobre Rusia y Asia Central: senderos que se cruzan y
bifurcan.
Augusto Soto

Reflexiones sobre Rusia y Asia Central: senderos que se cruzan y bifurcan

Augusto Soto*

RESUMEN

En la década de los noventa, las relaciones de Moscú con las ex repúblicas soviéticas del Asia Central en parte se han enmarcado en la Comunidad de Estados Independientes (CEI). A su vez, cada una de estas repúblicas ha priorizado su agenda por unas rutas nacionales con un pasado común, abierto a posteriores fuerzas centrífugas, aunque también a su entrecruce. En este contexto, el artículo hace un repaso de las relaciones de Moscú con estas repúblicas, así como de los factores compartidos en la nueva convivencia. Asimismo, presenta las fuerzas divergentes que acompañan dicho proceso e intenta entrever algunas salidas futuras. Por último, pretende dar una visión inteligible a partir del 11-S, fecha desde la cual esta zona pasa de estar en un segundo plano, a tener un cierto protagonismo global.

Palabras clave: Federación Rusa, Asia Central, cooperación regional, geopolítica

Dos años después de perder a sus estados satélites europeos, en diciembre de 1991, la URSS se desintegró, lo que le supuso a Moscú un encogimiento territorial y demográfico de grandes proporciones en Europa Oriental y muy sensiblemente en su retaguardia centroasiática, donde perdió casi cuatro millones de km² y 50 millones de habitantes.

La fecha señala un derrumbe socioeconómico como no ha conocido otro país, o área de países, en la historia reciente en tiempos de paz. La metrópolis dejó ir un poder que tampoco tiene parangón con la descolonización de las potencias occidentales, porque el quiebre

*Profesor del Centro de Estudios Internacionales e Interculturales de la Universidad Autónoma de Barcelona y ex profesor en la Academia Diplomática de Kazajstán.

Augusto.Soto@uab.es

se produjo dentro de su espacio continuo. Para Moscú fue una secesión autoinflingida, y para las cinco repúblicas centroasiáticas un shock traducido en unas imprevistas fundaciones nacionales pronto mitificadas. Todas han sufrido un deterioro tercermundista y la desaparición de la seguridad del paraguas de superpotencia que les cobijaba.

En la pasada década, las relaciones de Moscú con sus ex repúblicas centroasiáticas se enmarcaron, en parte, en la inefectiva y ceremoniosa Comunidad de Estados Independientes (CEI). A la vez, cada república ha priorizado sus agendas por unas rutas nacionales con un pasado común, aunque abierto a ulteriores fuerzas centrífugas, y también a su entrecruce.

El artículo pretende revisar la relación de Moscú con estas ex repúblicas soviéticas y los factores comunes compartidos en la nueva convivencia, presentar las fuerzas divergentes que acompañan el proceso, y entrever algunas rutas futuras. Por último, pretende dar una visión inteligible a partir del 11-S de 2001, fecha desde la que esta zona es catapultada del olvido regional a un cierto protagonismo global.

LEGADO ESTRATÉGICO Y OPCIONES POSTSOVIÉTICAS EN ASIA CENTRAL

Cuando observamos el mapa de Eurasia, vemos que la enorme dimensión conjunta de los países centroasiáticos es empujada por Rusia que, por efecto artificial de la gravedad cartográfica, parece abalanzarse por el norte. Pero el efecto es ilusorio desde la perspectiva demográfica: más de un 80% de la menguante población de la Federación Rusa vive relativamente lejos, al oeste de los Urales. Justamente encima de las repúblicas, que en conjunto superan los 50 millones de habitantes, al norte de la frontera kazajo-rusa y por toda la extensión de la Rusia siberiana —cuya superficie es mayor que la de China— vive una exigua población de una veintena de millones de habitantes.

La rusificación de Asia Central que, por lo demás, casi coincidió con la decisión de la elite rusa moscovita de rusificarse a sí misma —al desafrancesarse—, tuvo lugar durante las últimas décadas del siglo XIX. Pero será la rusificación soviética la que imponga el encuadramiento multinacional, a través de la electricidad, la red de ferrocarriles, los aeropuertos, la organización étnica y geográfica, y la ideología. Con todo, no fue sino hasta la Segunda Guerra Mundial, al servir de retaguardia estratégica de Moscú, cuando se percibió todo el potencial de los territorios centroasiáticos. Tras el desencadenamiento de la Operación Barbarroja, en 1941, las principales industrias de la URSS se trasladaron al este de los Urales. También se enviaron combatientes de esta zona al frente, en lo que constituyó una inesperada ocasión para que las etnias locales se sintieran activamente soviéticas.

Durante la Guerra Fría la zona fue fundamental en la competencia estratégica con EEUU asentada en el equilibrio del terror. En ella se instalaron las bases secretas de experimentación y almacenamiento de armas de destrucción masiva. Uno de los variados ejemplos es el centro de Vozrozhdeniye, en medio del mar Aral, donde durante décadas se experimentó con armas biológicas¹. Por su parte, la estepa kazaja fue el escenario de pruebas atómicas por excelencia. Entre 1949 y 1963 se efectuaron allí 113 explosiones nucleares en la atmósfera, y a partir de 1964 y durante 25 años, se realizaron 343 ensayos nucleares subterráneos. Y, como es de conocimiento público, la carrera espacial tuvo una lanzadera fundamental en el cosmódromo de Baikonur, desde donde despegó el primer cohete tripulado, así como sucesivas misiones en pos del dominio del espacio exterior.

Asia Central también destacó como importante espacio estratégico en la vecindad territorial con China, y se convirtió en primera línea de enfrentamiento en la pugna ideológica y de poder entre Moscú y Beijing a partir de 1960. Y fue una línea de porosa desconfianza cuando los soviéticos atrajeron población uygur de la República Popular China (RPC) a Kazajstán, en una escalada que llegó al límite en 1969, cuando el Ejército Popular de Liberación Chino y el Ejército Rojo colisionaron a lo largo de esa frontera. Por último, durante la invasión de Afganistán por la URSS (1979-1989), estas repúblicas también contribuyeron con sus territorios, instalaciones, tropas y bajas. Uzbekistán y Turkmenistán estuvieron en la vanguardia como países limítrofes y poseedores de las nacionalidades titulares que en Afganistán corresponden a las minorías septentrionales. Sin embargo, la importancia estratégica de estos territorios contrastó siempre con la marginalidad interna de sus nacionalidades originarias que, sin embargo, fueron integradas en un sistema social y educativo competitivo con el de la otra superpotencia. En esta dinámica, Asia Central fue subsumida en una *matrioska* multiétnica de color ruso o eslavo, llamada a trascender la historia mundial.

El derrumbamiento de la URSS era un hecho factible desde el fallido golpe de agosto de 1991, aunque impensable para cualquiera que hubiese nacido en las repúblicas centroasiáticas, sobretudo en la mayor y más estratégica de ellas: Kazajstán. Allí, tras producirse la disolución, el presidente Nazarbáyev fue uno de los últimos en suscribir un nuevo esquema sucesor: la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Con todo, el acuerdo finalmente se suscribió en la mismísima capital kazaja, entonces Almaty, el 21 de diciembre de 1991, aunque de él se autoexcluyeron las repúblicas bálticas. Georgia se integró dos años después, cuando los jefes de Estado de las 12 repúblicas redactaron la carta que establece sus derechos y obligaciones con carácter voluntario. Pero la CEI no se planteó como un Estado sucesor de la URSS y por ello ha carecido de un interés nacional propio y, por tanto, de una política exterior. Inicialmente fue impulsada por la inercia de llevar a cabo una disolución ordenada, para luego añadirse la idea irreal de reconfigurar un espacio económico común basado en el principio del libre movimiento de bienes, servicios, trabajadores y capitales y en la elaboración de políticas económicas de armonización impositiva y aduanera, así como en la vinculación de los procesos productivos. La CEI se dotó de organismos como los consejos

de jefes de Estado y de Gobierno, de ministros de Exteriores, de Defensa y Fronteras, y de asambleas interparlamentarias, además de un Comité Ejecutivo². Pero la reafirmación soberana de cada Estado y las nuevas realidades económicas y geopolíticas pronto demostraron ser precisamente las fuerzas centrífugas.

Con la fragmentación de la URSS, cada perpleja república centroasiática se vio abocada a afrontar emergencias, como la desaparición del Consejo de Asistencia Económica Mutua (CAME o COMECON), de la zona rublo y de la economía centralizada; la caída abismal del nivel productivo de la economía; y la inflación, que se disparó a niveles extraordinarios. En este sentido, la semiinstitución heredera de la URSS no se asemejaba ni a la antigua construcción multinacional de la que emergió, ni menos aún a la coordinada Unión Europea.

Los desequilibrios o pugnas interétnicas, o disfrazados de tales, algunos de los cuales derivaron en guerras internas, como en el caso de Tadzhiistán, o en emigraciones significativas, como en el caso de Kazajstán, representan las tectónicas sociales más agudas que han sacudido a la región. En conjunto, cada nuevo régimen ha intentado sobrevivir como ha podido, con un margen de maniobra limitadísimo e intentando políticas exteriores inéditas que en varios casos han resultado erráticas. Esto se debe a las circunstancias internas, así como a las magnitudes geográficas, lo que resulta en unas opciones estratégicas divergentes. En primer lugar está Rusia. La política de Moscú en Asia Central es un subproducto de la recomposición de sus prioridades estratégicas tras la pérdida de Europa Oriental y su propia desintegración. En 1989, Moscú salió escaldada de Afganistán y desconcentró su atención de la zona, en beneficio de la dinámica involución de su colindante escenario europeo oriental. Porque a la fragmentación siguieron las aspiraciones de Polonia, la República Checa, Hungría y los estados bálticos por integrarse a la UE y la OTAN, así como los deseos de Rumania y Bulgaria por sumarse a ellos.

MÁS ALLÁ DE LA URSS Y LA CEI: LOS FACTORES CENTRÍFUGOS

Desde las independencias se constatan fuerzas centrífugas que conducen a una ulterior pérdida de unidad. La compartimentación y especialización de la producción soviética dejaron en estado de carencia a cada república y forzaron derroteros propios, lo que ha incidido en un relativo desbloqueo de la zona. Los estados centroasiáticos han debido crear servicios exteriores de los que carecían hace una década, y a comienzos del siglo XXI ya exhiben una diversificación inédita de socios. Por ejemplo, son notables la inversión y la presencia comercial norteamericana y europea en Kazajstán, los vínculos comerciales y culturales de

Turquía en toda la región, también las inversiones coreanas en Uzbekistán, o los crecientes vínculos en el terreno de las infraestructuras entre Irán y Turkmenistán. Asimismo, se cuentan como nuevos socios China y Japón, que se suman al interés de los demás actores en la prospección y salida de las reservas energéticas. En otro flanco, se han establecido relaciones con los países islámicos, lo que contrasta con la intervención a que se vieron arrastradas las repúblicas como parte de la URSS en Afganistán, entre 1979 y 1989. Rusia sigue siendo el Estado clave, aunque el conjunto combinado de nuevos socios regionales y extrarregionales marca un relativo descenso de su presencia.

No obstante, el principal factor centrífugo fue la rápida redefinición de las identidades nacionales, apenas declaradas las independencias en 1991. Éstas empujaron a la emigración de las etnias eslavas –principalmente la rusa hacia Rusia– y otras igualmente no originarias de Asia Central hacia sus remotos puntos de origen. El punto de fuga fue el temor a la incertidumbre económica, a la discriminación, o a las expectativas en alza de otro lugar. El más extravagante de estos casos fue el de las minorías alemanas, que regresaron a Alemania en su calidad de *Aussiedler*, tras más de dos siglos en la región del Volga y medio siglo en los países centroasiáticos, adonde los deportó Stalin.

En el terreno cultural, con las independencias se producen cambios, ya que se constata un refortalecimiento del islam, el cual, con todo, tenía un notable antecedente en el período del relajamiento de controles de la era brezhneviana y de delegación de funciones en los secretarios generales de los partidos comunistas de cada república. Todos los estados forman parte de la Conferencia Islámica, pero no hay un panislamismo regional. Así, encontramos la versión *tadzhika* del islam, emparentada con la rama *shií* iraní, que difiere de las de sus vecinos. Las extensiones centroasiáticas septentrionales, que han convivido con tradiciones variadas, fueron islamizadas muy tardíamente, entre éstas el chamanismo. En estas zonas, la secularización y el ateísmo soviéticos han dejado una huella que las aleja del apego exclusivo al islam y de las ortodoxias de los países cercanos a La Meca.

En el proceso de revalorización de lo propio, encontramos la cuestión de los idiomas nacionales, los cuales –con la excepción del *tadzhiko*, de raíz persa– comparten la rama túrquica, pero en cuyo rescate oficial en curso adoptan formas distintas. Por ejemplo, el turkmeno y el uzbeko se hallan en proceso de latinización de su escritura, mientras que el kazajo y el kirguizo mantienen la versión cirilizada de sus textos. En todos los casos, estas lenguas se han transformado en los vínculos oficiales de la alta política, y adquieren un carácter críptico para los eslavos de cada país, cuyo porcentaje de dominio de los idiomas originales de la región no alcanza el 1%. Dichas transformaciones hacen que una parte del volumen de los documentos oficiales y de la prensa en idiomas nacionales de cada país sea ahora ininteligible para un moscovita, pero también –en su versión escrita– para los lectores centroasiáticos vecinos.

La veneración del pretérito también ha hecho más específicos las historiografías, los sistemas educativos, los monumentos y, por extensión, las conciencias nacionales, que algunas

veces se solapan con las del vecino, pero muchas otras no. Como corolario a este punto, añadiremos que en 1991 se pudo especular con una reavivación de las ideas panturrianistas de comienzos del siglo XX que, de haber sido reales, habrían llevado a un enfrentamiento con Rusia. Pero nada de ello se ha producido. Por tanto, no hay una fuga hacia una reafirmación regional antirusa, antes bien, son puras fuerzas particularistas. Por otro lado, con desigual ritmo en cada república, el inglés se extiende como lengua extranjera hegemónica, aprendida con asiduidad por los veinteañeros pertenecientes a la élite política y cultural al calor de programas educativos de intercambio con Norteamérica.

La realidad geográfica demanda respuestas que hasta ahora no son cooperativas y que se relacionan con dos elementos estratégicos clave. Por un lado, debido al encajonamiento geográfico conjunto, la explotación de los recursos energéticos requiere de la cooperación regional. El ejemplo más evidente, aunque no el único, es el estatus del mar Caspio. Rusia, Kazajstán y Azerbaidzhán desean acordar que a cada república le corresponda la masa de agua proporcional que baña cada territorio. Por su parte, Turkmenistán e Irán se oponen a ello, defendiendo la delimitación marítima en partes proporcionales para los cinco estados ribereños. Por otro lado, el descenso de las aguas que lleva al Caspio desde una intrincada geografía afectada por una merma del caudal es tan escurridiza como su falta de gestión cooperativa. Y según las proyecciones existentes hoy, dentro de 15 años Asia Central comenzará a ver los efectos de un rápido crecimiento poblacional y la falta de agua, esta última por la previsible disminución de las reservas de las cadenas montañosas del Pamir y Tianshan, de las que también dependen Afganistán y parcialmente China, además de Kazajstán. El problema se agudizará una vez Beijing se concentre masivamente en el "plan Oeste", diseñado para explotar y desarrollar su hasta ahora despobladísima mitad occidental de territorio. Se estima que la población de casi 60 millones de Asia Central se duplicará antes que la actual generación de recién nacidos llegue a su madurez. Así, el agua y no el petróleo se puede convertir en el recurso crítico para el desarrollo. Kirguistán y Tadjikistán, que controlan las cabeceras, se podrían ver tentados a ejercer un cobro por este recurso, ya que, a diferencia de sus vecinos, carecen de petróleo y gas en abundancia. Ya se han producido escaramuzas, chantajes y réplicas que no auguran concordia eterna.

Por añadidura, en estos años de dificultad económica e incertidumbre han emergido las opiniones xenófobas. Apagado el ideal del internacionalismo, han surgido también las marcadas tendencias exclusivistas, que contribuyen a mantener o incrementar controles en los movimientos de tránsito y migratorios. En las porosas fronteras se practican controles llamados a reforzarse por iniciativas propias o influidas por Rusia.

A la vez, la misma delimitación geográfica impuesta por Moscú en época de Stalin deja el potencial de agravios análogos a los heredados por los países cuyas fronteras fueron trazadas por las metrópolis coloniales atlánticas. Clamorosa fue la crisis, aunque breve, entre Tashkent y Astana, en 2000, a propósito de un pequeño trazado fronterizo. Por su parte, otro límite con potencial para convertirse en materia de disputa, la frontera entre Rusia y

Kazajstan, no se ha movido. Los separatistas rusos del norte de la república centroasiática han fracasado en su intento de captar el apoyo popular o del Kremlin.

La precariedad de la CEI es otro asunto con potencial para resquebrajar más el espacio, aunque esté íntimamente relacionado con la frontera occidental rusa: el futuro de Ucrania. Si ésta se decantase por la aspiración de integrarse en la UE —la OTAN sigue siendo una opción adicional, aunque el mismo significado de la organización parece más incierto que nunca—, el conjunto perdería sentido. Con todo, las fuerzas centrípetas ya se dejan sentir. Hay bifurcaciones abiertas o cambiantes, que van del bilateralismo al multilateralismo fraccionador. Desde la segunda mitad de los noventa han aflorado diferentes subgrupos. Uno es el colectivo GUUAM, que agrupa a Georgia, Ucrania, Uzbekistán, Azerbaidzhán y Moldova; otro es la Comunidad Económica Euroasiática, de la que participan Kazajstán, Rusia, Bielarrús, Tadjikistán y Kirguistán. Ambas zonas, insatisfechas con los magros resultados de la CEI, han anunciado la creación de áreas de libre comercio.

Otro factor a tener en cuenta es el de los regímenes políticos. Éstos tienen una fachada democrática y unas prácticas antidemocráticas a la hora de manipular elecciones, ejercer la censura y monopolizar los medios de comunicación, lo cual es un caldo de cultivo para decisiones precipitadas toda vez que se presenten crisis. Esto entronca con la viabilidad y la inviabilidad de los estados, empezando por Rusia.

Como elemento adicional, el deterioro de las economías ha afectado la calidad de vida de la población y presenta desafíos sociales gigantescos y, por tanto, conspira contra cualquier intento de unidad. La esperanza de vida es, tanto en la Federación Rusa como en las otras ex repúblicas soviéticas, particularmente baja en el varón, con un promedio inferior a los 60 años. Un factor principal es el alcoholismo, que inunda toda la zona desde hace décadas. También han resurgido enfermedades que se creían ya superadas, como la tuberculosis y la presencia crónica de tifus y cólera, más el soterrado avance del Sida, para el cual no hay un tratamiento digno. Por añadidura, el gigantesco legado de la contaminación ambiental no acompaña en absoluto y confabula aún más en la degradación. La radiactividad generada por 500 ensayos nucleares ha dejado a centenares de miles de personas directa o indirectamente afectadas en el norte de Kazajstán. En el sur, la desertificación galopante continúa y abraza a Turkmenistán y Uzbekistán. Las políticas voluntaristas en la producción del algodón, el petróleo y el cobre durante los últimos años incluye la dramática pérdida de agua del mar Aral, la contaminación del mar Caspio y el lago Baljash, respectivamente. Y Moscú es incapaz de cooperar, porque en la actualidad es la capital de un país del Tercer Mundo.

Y como corolario paradójico, la tendencia demográfica de Rusia, pese a las migraciones rusas desde cada república hacia ella, es el descenso de la población; y el de las repúblicas ex soviéticas meridionales el aumento, lo que evidencia aún más el movimiento centrífugo.

LOS FACTORES CENTRÍPETOS Y RUSIA

Paradójicamente, casi todos los factores enumerados anteriormente pueden también leerse en clave de integración; por ejemplo, si consideramos el análogo aunque no simétrico caso de América Latina, con sus varios factores comunes para una integración recurrentemente frustrada. En la época soviética un armenio o un ucraniano podían estudiar en Kazajstán o en Moscú y luego trabajar en cualquiera otra república sintiendo una pertenencia.

De momento, la zona sigue siendo rusoparlante, aunque el idioma ha declinado en prestigio y, descontando a Rusia, ha naufragado en los sistemas educativos de la ex Eurasia socialista, desde Berlín a Vietnam. Además, en los restantes continentes el idioma se despojó de su aura de vehículo de desarrollo y de la cualidad ideológica a la que iba asociado. Con todo, en el área centroasiática es previsible que mantenga su carácter de *lingua franca*, por lo menos durante una generación más; aún sigue siendo el más extendido medio de comunicación cultural y comercial de las urbes³. Y pese a la revalorización de las lenguas propias, éstas no se han visto acompañadas de las millonarias inversiones educativas y mediáticas requeridas. La gran excepción sería Turkmenistán, culturalmente ensimismado hasta el paroxismo de la mano del etnocentrismo y del culto a la personalidad de Saparmurat Niyazov.

Un factor que, curiosamente, puede servir de aglutinador es el socializador centralismo democrático soviético, prolongado en el autoritarismo indefinido de los nuevos regímenes. Todos los máximos dirigentes tienen un pasado umbilical común puesto que pertenecieron a la *nomenklatura* soviética. Cada cual tiene contactos en las repúblicas vecinas y en Moscú. La duda surge en el largo plazo de dos o tres generaciones, cuando se hallen asentados dirigentes más asertivos, más desconectados de sus vecinos y sin un pasado común bordado por la hoz y el martillo de Moscú. Esto tiene gran importancia a la hora de abordar las crisis bilaterales y regionales que muy probablemente se producirán en el futuro.

En este contexto vuelve a ser pertinente abordar la CEI. La Comunidad de Estados Independientes tendrá el potencial de gestionar un *modus vivendi*, pero su precariedad para gestionar proyectos de futuro monolíticos es evidente. Al fin y al cabo, sí existe una dependencia congénita de Asia Central respecto a Rusia, pero ésta arroja indicadores tercermundistas, que significan dependencia exterior del conjunto. En el otro flanco, si Ucrania se escora hacia Occidente y decide abandonar la CEI, ésta podría dejar de tener razón de ser. Pero los nuevos estados del otro extremo –incluyendo al singular Turkmenistán– no tienen adonde ir solos. Por tanto se impone la cooperación regional. Incluso Turquía, una potencia culturalmente conectada a la región, tiene un papel modesto. Sólo puede jugar un papel limitado, acorde con su recurrente deseo de acercarse a la Unión Europea y a su creciente posición de incomodidad, debido a su alianza con Washington, como punta de lanza geoestratégica frente a dos de los países satanizados por los norteamericanos: Irak e Irán, éste último, flanco meridional de Ashjabad.

A su vez, la Rusia posthegemónica ha de recomponer su viabilidad como Estado, primero, en su propia Federación y, a la vez y paradójicamente, dar el salto y situarse en el tercer flanco fronterizo de la ex URSS. Fue sintomática la pronta reapertura de la embajada rusa en Kabul al calor de la entrada del material bélico ruso portado por la Alianza del Norte. Concatenado, el conflicto entre India y Pakistán no se resuelve, e India es un gran aliado tradicional a cuidar. En el conflicto de Cachemira también cuenta una China a la que le pertenece una porción de ese territorio y que es aliada tradicional de Islamabad. Pero hasta hoy Moscú no ha influido en el eslabón China-Pakistán.

Si se disolviera la CEI habría que reinventarla y lo más probable es que reviviría como colectivo bajo otro nombre o, de facto, como resultado de una multiplicidad de acuerdos bilaterales o iniciativas vacías de contenido si carecieran de sentido vital a largo plazo. Y Moscú y los estados centroasiáticos de la CEI pueden jugar un cierto papel colectivo que trasciende su espacio tradicional. Este ha sido el caso en la crisis indo-pakistaní, cuando en la primavera de 2002 Putin convocó en Almaty la primera Conferencia sobre Interacción y Medidas de Confianza Mutua en Asia, que congregó a jefes de 16 estados de Asia Central, Asia Oriental y Oriente Medio.

En cualquier caso, será la potenciación de las infraestructuras básicas para explotar los recursos naturales y la necesaria cooperación para sacarlas del encajonamiento geográfico las que por sí mismas contribuyan a articular fuerzas centrípetas. Aunque también son excluyentes, porque en Asia Central atañen sólo a los regímenes de Astana y Ashjabad, y no incluyen a Dushanbé, Tashkent ni Bishkek. También son vías encabalgadas, porque implican a multinacionales y gobiernos, entre éstos los de Rusia, Azerbaidzhán, Irán, Turquía, la distante China y, como no, EE UU. Tan importantes como las delimitaciones marítimas de los yacimientos de hidrocarburos del Caspio son las vías futuras de los oleoductos de la encajonada región que se extiende desde Turkmenistán y Kazajstán. Y también todas las demás vías para la exportación de otras materias primas. Kazajstán es un gran potencial productor de petróleo y de una retahíla de materias primas estratégicas. El país es el mayor productor mundial de cadmio, cromo, vanadio, bismuto y flúor, así como el principal productor de hierro, zinc, tungsteno, cobre, plomo y potasio.

En 1990 se conectaron las líneas férreas de China y Kazajstán, cerca de la estación Druzhba; seis años después se completaron el tramo férreo entre Meshhed y Tendzhen, enlazando Turkmenistán e Irán, y la línea que enlaza el puerto de Bender Abbas y el golfo Pérsico. Por añadidura, por los 1.750 kilómetros de ancho de Kazajstán pasará la línea de fibra óptica que conectará Europa y Asia, con Frankfurt y Shanghai en ambos extremos. Por lo tanto, al tren transiberiano ruso que desde hace un siglo ha cruzado como medio terrestre exclusivo la Eurasia septentrional, se añaden nuevas redes que harán pronto de ésta una zona mejor integrada que antaño. Desde 1993 existe un proyecto denominado “Ruta de la Seda” en el que se han involucrado 34 países y que pretende cubrir una extensión de 6.300 kilómetros. Así también se denomina un proyecto impulsado por la OTAN en el contexto del programa “Science for Peace”, el cual pretende integrar virtualmente a la comunidad científica centroasiática en Occidente.

Pero las limitaciones de la geografía son inescapables para que continúe la insularidad del grueso de las poblaciones del área, y su marginación relativa del proceso de globalización es palpable. En países como Kazajstán existe una percepción de que el área interesa a Occidente en tanto fuente de recursos energéticos y minerales y en el ámbito de la seguridad. Si esta visión es correcta, en un futuro veremos una zona mucho más integrada al exterior a través de oleoductos, gasoductos, ferrocarriles y aeropuertos, y mucho más descuidada en el interior de cada país. En cualquier caso, Kirguistán y Tadjikistán no disponen de los recursos energéticos, aunque sí de las fuentes de agua, lo que plantea un desequilibrio regional. La integración por la vía de las infraestructuras también pasará limitadamente por Rusia.

ASIA CENTRAL Y LA AMISTAD CHINO-RUSA

Así como en la CEI sigue latente el potencial para el entendimiento en el ámbito ruso-fono ex soviético, en el originalmente llamado Quinteto de Shanghai se encuentra otra clave de la integración centroasiática, aunque distinta. Creado en 1996, agrupa a Rusia, China, Kazajstán, Kirguistán, Tadjikistán y desde 2002 con la inclusión de Uzbekistán, se redenomina Organización de Cooperación de Shanghai. Su constitución ha de entenderse como el derrumbe de otra de las barreras limítrofes de la Guerra Fría en Eurasia. Sus miembros han avanzado medidas de confianza mutua inéditas, materializadas en un relajamiento de las fronteras militarizadas de la Guerra Fría, en el intercambio de información relativa al Afganistán de los talibán, así como en la delimitación fronteriza. Ponen un gran acento en lo que se define como el combate contra el terrorismo, el separatismo y el extremismo, pero también desean profundizar en los lazos comerciales, energéticos y de transporte. Sin embargo, hasta hoy existe un límite político y psicológico para los estados centroasiáticos. Complementado por una cadena montañosa altísima, las suspicacias respecto a Beijing son mucho mayores que las habidas respecto al antiguo *hermano mayor*. Si la desigualdad de poder entre Rusia y China crece a favor de esta última, aunque desde perspectivas comparables, las dimensiones de las ex repúblicas soviéticas son irrelevantes respecto al gigante oriental. Por tanto, su punto de apoyo reside en su Estado aval tradicional y en el multilateralismo. Pese a la presencia de sus etnias en China, principalmente kazajos y kirguisios así como en menor medida, tadjikos y uzbekos, las mutuas suspicacias históricas tardozaristas y tardomanchúes, y el gran foso de la Guerra Fría han dejado su huella. Los intercambios comerciales y culturales son muy modestos y no se comparan con los que Beijing tiene con sus vecinos extremoorientales. Con todo, hay una presencia de comerciantes e inversores chinos que se nota y se notará más en el futuro. En cualquier caso, los estados centroasiáticos no podrán entrar en los esquemas de integración regional de Asia Oriental.

En el marco global, no hay una carta china ni un frente antihegemónico ruso-chino dirigido contra EE UU. Ambas potencias aparecen absolutamente empujadas frente a la superpotencia, cuyo gasto militar (3,5% de su PIB) supera el presupuesto de Defensa conjunto de los seis países. En la Guerra Fría el esfuerzo de la potencia norteamericana era de entre un 5% y un 14%, y hacía frente a una URSS comparable, tanto en los restantes indicadores de poder como en situación estratégica. Tal como se ven las cosas hoy en día, si Beijing o Moscú, más probablemente el primero, aumentasen notablemente sus factores de poder, se tendrían mutuamente como competidores inmediatos. Hoy Washington ha alcanzado una delantera sin competidor cercano: encumbrado por dos guerras mundiales, con una lejanía territorial, y el colapso de la URSS, así como por un dominio tecnológico sin precedentes. Al fin y al cabo, en el campo científico, Rusia y China tienen poco que decir por el momento.

El entendimiento chino-ruso está basado en una debilidad sistémica y articulado en torno a unas armas que Beijing necesita comprar –e incluso producir con delimitadas licencias otorgadas por los rusos– y Moscú debe vender para engrosar unas pauperizadas arcas estatales. En cualquier caso, los intercambios comerciales son diez veces menores que los que Beijing mantiene con Washington o Japón.

A la vez, es evidente que el país más extenso y el país más poblado no dejarán de albergar suspicacias mutuas en vistas a su peculiar vecindad. Siberia tiene las dimensiones territoriales de China, pero allí no vive más de una veintena de millones de habitantes. A lo que se agrega un descenso anual de la población de la Federación Rusa estimado en 750.000 personas. Por el contrario, la población china crece anualmente casi 15 millones de habitantes, equivalente a la población de la vecina Kazajstán. Y las proyecciones demográficas dicen que en 2050 China superará los 1.600 millones de habitantes y Rusia bajará de 145 a 104 millones. Además, mientras que el PIB de Rusia equivale hoy al de Holanda, el de China es varias veces mayor y cuenta con uno de los crecimientos económicos más espectaculares de la historia.

Con todo, China no parece que esté desarrollando un plan hegemónico en Siberia o en Asia Central. El creciente número de trabajadores chinos que cruzan la frontera siberiana para ejercer trabajos temporales no lo hace siguiendo una política expansiva de Estado, como tampoco lo hacen los rusos del Este que comercian en la China septentrional⁴. Por otra parte, Beijing pretende explotar tantas posibilidades como sean posibles en su territorio, aunque con inevitables repercusiones allende sus fronteras. El reciente lanzamiento de su Plan Oeste para desarrollar su territorio occidental despoblado y virgen –que Beijing compara con la conquista del oeste americano y de la Siberia rusa–, refuerzan la vocación centroasiática del país extremooriental. Paralelamente, a la prospección de hidrocarburos en el área del Xinjiang, Beijing se ha comprometido en la mayor inversión en el exterior de su historia, al firmar un contrato para que un oleoducto atraviese las estepas kazajas y surta de petróleo a sus regiones costeras.

LA DIMENSIÓN EUROASIÁTICA DE RUSIA

La llegada de Putin al poder, en el año 2000, marca una reorientación de la Federación Rusa. En Asia Central su llegada fue vista con una mezcla de prudencia y aprehensión. Putin envió señales inequívocas para revigorizar la CEI y acabar con la inercia de Yeltsin. En el año 2000, Rusia anunció ataques preventivos contra los talibán para preservar la estabilidad regional. El anuncio finalmente no se materializó, entre otras razones, por las suspicacias de las mismas ex repúblicas soviéticas, que pudieron intuir una nueva vocación hegemónica. Por cierto, la estrategia se basaba en la necesidad de contener a un Estado revisionista y mesiánico y a la vez inviable, hábil en su caótica dinámica de perturbar a sus vecinos con el tráfico de opio, el fundamentalismo islámico del mulá Omar y las oleadas de refugiados de su conflicto interno. En cualquier caso, la reinterpretación básica del concepto de seguridad cobró cuerpo el mismo año de la ascensión de Putin con la iniciativa de la creación de un centro antiterrorista, saludado por 11 de los 12 estados de la CEI, e ignorado por Turkmenistán.

Así, desde la inicial perspectiva defensiva, casi una década después de la desaparición de la URSS, ha vuelto a perfilarse el arco completo de las atávicas opciones rusas. Una de las ideas que ha subyacido desde el siglo XIX en la vida cultural rusa, tanto en su versión filosófica como estratégica, ha sido la autopercepción de país distinto del resto de Europa, con una vía propia, que incluye un gran protagonismo en Asia. Esta noción pareció avalada por la tesis de Halford MacKinder, que hace un siglo sostenía que el pivote de la historia era la Eurasia que precisamente dominaba Moscú, y que en el control de esa enorme área residía el nudo gordiano del poder global.

La idea eurasiática ha resurgido en la década de los noventa al calor del empeño occidental de satisfacer las aspiraciones atlantistas centroeuropeas y bálticas, lo cual se ha visto en Rusia como un portazo a aspiraciones de colaboración con Occidente. Esto reafirmaría la antigua autopercepción de un *destino manifesto* en Asia, previamente negado en Europa.

De este modo, en el espacio dominado e influido por Rusia se ha vuelto a ver un puente cultural y comercial Oriente-Occidente. Esto ha sido en parte mito y en parte realidad. Si analizamos el Estado tardozarista, y con mucha mayor razón la URSS, es ampliamente visible el sincretismo cultural y racial desde el Báltico hasta Armenia, y de allí hasta el mar de Ojotsk. En buenas cuentas, constatamos que efectivamente culturas de Occidente y Oriente se han mezclado. Pero la idea se desinfla, confrontada con espacios más amplios, cuando incluimos los cabos más extremos, por una parte, Europa Central y Occidental y, por otra, los más orientales de Asia. Los ejemplos más significativos son Japón y Alemania, que no han necesitado de Rusia para forjar sus relaciones, ni en la época del barco a vapor o del telégrafo ni menos aún en la era digital. El mismísimo ferrocarril transiberiano ha sido una importante correa de transmisión de materias primas, mercancías, pasajeros y directrices dentro de la ex URSS, pero

un ínfimo vínculo en el intercambio global Este-Oeste. Además, fue una ruta exclusiva porque los ramales del sur, que conducen a Asia Central, fueron regionales y secundarios.

Kazajstán ha sido un entusiasta propulsor de la idea eurasiática puesto que posee más de cien nacionalidades, ocupa gran parte del corazón de Eurasia, es la más cercana a Rusia y está empeñada en tener la mayor cantidad de rutas abiertas para exportar sus hidrocarburos que, junto con los de la zona del Caspio, en algunas de sus proyecciones a medio plazo se equiparan con las de Kuwait⁵.

Si se adopta una perspectiva global comparativa con entidades emergentes, concluiríamos que la Eurasia centroasiática, caucásica y siberiana sería viable porque lo había sido, aunque a un ritmo preindustrial. En su escala, es mucho más inteligible que la anunciada comunidad del Pacífico en el marco del foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), que incluye el noreste y sudeste asiático, Oceanía, y América del Norte, así como los países ribereños del Pacífico Sur, pero está menos integrado que la UE.

La región sigue estando en una crisis crónica, y su fin no es previsible. Con el 11-S Rusia se ha encontrado en una situación dinámica en la que quiere incidir declarándose atlantista, precisamente por su estratégica situación euroasiática. Pero este destino es ineludible. Moscú tiene importantes clientes comerciales en los demonizados *regímenes del mal*: Irak, Irán y Corea del Norte. Dependerá de la oferta de Washington si Moscú les deja de lado y emprende una relación insospechada de larga duración con Norteamérica como principal cliente de hidrocarburos a expensas de Europa.

VÍAS A PARTIR DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001

Ciertamente, la gran novedad estratégica es el creciente involucramiento norteamericano en Asia Central y en las zonas adyacentes. Aunque la primera superpotencia del mundo se erigió como tal prescindiendo del centro de la masa euroasiática, el ataque de Al Qaeda la ha llevado a enfrentarse allí al Estado más pobre, cuya colaboración previa coayudó a derribar a la URSS. Y si el 11-S constituye un hito en la historia contemporánea, con razón parece perfilar unos efectos en el Asia Central ex soviética. Por ello, creo necesario hacer algunos comentarios finales en combinación con este acontecimiento:

1. En una época marcada por una superpotencia, los países definen su política internacional en función del poder de aquella. Y Washington parece dispuesto a implicarse a fondo en acciones y políticas preventivas de larga duración llamadas a complementar la puntual respuesta bélica en Afganistán y la anunciada en Irak. Es clara la intención de influir decisivamente y por varios años en Kabul, Irak, Bagdad, Islamabad, Riyad y, por extensión inevitable, en las nuevas capitales ex soviéticas.

2. En este espacio, la voluntad norteamericana de diversificar sus fuentes de aprovisionamiento energético es vital e implica el apoyo a la prospección de nuevos yacimientos y asegurarse la viabilidad de varias rutas, existentes y por trazar, tanto para los oleoductos actuales como por los que puedan quedar por descubrir. Así, Rusia y las otras ex repúblicas soviéticas están atentas a los elementos de juicio que constituyen hoy el factor común de la alta política en el área del nuevo Gran Juego, y de éste no se excluye el ensimismado Turkmenistán. Si se relaciona el rompecabezas que parece fraguar Washington, su poder desde el Irak post Saddam Hussein le permitiría trazar y controlar oleoductos hacia el Océano Índico desde el norte centroasiático parcialmente explorado; en buenas cuentas, por unas rutas de salida baratas. Tal sería un revolucionario giro estratégico.

3. A la vez, la presión sobre Irak y otros regímenes sólo puede revalorizar la importancia estratégica de Moscú. Raudo, Putin entrevió una oportunidad de magnitud acercándose a Washington. En 2002, Moscú ha pasado a integrar el denominado Consejo OTAN-Rusia y se posiciona para aprovechar las oportunidades que se presenten. En un entramado más íntimo, las suspicacias que Riyad despierta en Washington conducen a éste a desear una diversificación de las opciones energéticas. Washington y Moscú ya han iniciado el diálogo para que la segunda se convierta en un complementario proveedor energético de EE UU a largo plazo. Por extensión, la amplia cobertura argumental de la guerra contra el terror refuerza su papel de coguardián del orden en Chechenia, Georgia y Tadzhiquistán. Por su parte, Europa, absorta en su ampliación y en las crisis balcánicas, no ha desarrollado una política decisiva en el Asia Central ex soviética ni en Afganistán.

4. Tras el 11-S, y a solicitud de Washington, también reaccionaron los regímenes de Uzbekistán y Kirguistán, que al proporcionar bases y logística han recibido una ayuda económica inicial inevitablemente llamada a acrecentarse y traducirse en apoyo político a los regímenes de Karimov y Akayev, respectivamente, y extensivo al conjunto de gobiernos semidemocráticos ex soviéticos.

5. La agenda global previa a los atentados en EE UU se deslució por los unidireccionales objetivos estratégicos de la superpotencia. Por tanto, los numerosos problemas sociales, económicos y ecológicos de Asia Central pasarían a supeditarse a los gastos de la difusa, amplia y ambigua guerra contra un enemigo abstracto representado por el terror y los imperativos de la defensa.

6. Más allá de las fronteras de la CEI, las repúblicas centroasiáticas y Moscú pueden colaborar en su lucha contra las amenazas a la seguridad y también afrontar el tema del desarrollo conjunto. La primera opción está representada por la primera Conferencia sobre Interacción y Medidas de Confianza Mutua en Asia, en el ámbito de la seguridad, organizada en Almaty. Pero puede transformarse en un esquema meramente declarativo si Washington no lo apoya. Por otro lado, el Foro de Shanghai podría realizar imaginativas políticas de desarrollo, siempre que estas economías no involucionen antes de interactuar significativamente.

7. El Asia Central ex soviética ha despertado un enorme interés, pero es ilusorio pretender que signifique el renacimiento de una mítica Ruta de la Seda: un nuevo espacio de colaboración Oriente-Occidente. Sigue siendo más realista definir al área asociándola con el concepto estratégico de Gran Juego –que es lo que está ocurriendo en la realidad–, lo cual es también un ocultamiento o simplificación de esta zona arbitrariamente conocida en Occidente.

8. Y por último, persiste una paradoja de larga duración: a la hora de barajar alternativas, la lejanía y el encajonamiento geográfico de los estados centroasiáticos les impide desligarse del futuro de Rusia. Ésta es, pese a la coyuntura, una referencia insoslayable a largo plazo, y la inserción más social del conjunto de países en las corrientes globalizadoras.

Referencias bibliográficas

- AMUZEGAR, J. "OPEC as Omen", *Foreign Affairs*. Vol.77. No. 6, (1998).
- BRZEZINSKI, Z. *The Grand Chessboard: American Primacy and Its Geostrategic Imperatives*, Nueva York: Basic Books, 1997.
- CUCÓ, A. *El despertar de las naciones. La ruptura de la Unión Soviética y la cuestión nacional*. Valencia: Universitat de València, 1999.
- CHETERIÁN, V. "Un conflicto latente entre Rusia y Estados Unidos por el petróleo de Transcaucasia". En: Albiñana, A. (ed.), *Geopolítica del caos*. Madrid: *Le Monde Diplomatique*, Editorial Debate, 1999, p. 329-337.
- FAIRBANKS, Ch. et al. (eds.) *Strategic Assessment of Central Eurasia*, Washington: The Atlantic Council of the United States & Central Eurasia-Caucasus Institute, SAIS, 2001.
- IVANOV, I. *La nueva diplomacia rusa. Diez años de política exterior*. Madrid: Alianza, 2002.
- KAPUSCINSKI, R. *El imperio*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- LEONHARD, W. *Spiel mit dem Feuer. Russlands schmerzhafter Weg zur Demokratie*. Colonia: Gustav Lübbe Verlag, 1998.
- MEHNERT, K. *Peking and Moscow*. Nueva York: Mentor, 1962.
- MEYER, J. *Rusia y sus imperios, 1984-1991*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- MARTÍNEZ, L. "Kazajstán: El leopardo en la encrucijada". *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*. No. 56, (2001-2002).
- POUJOL, C. *Le Kazakhstan*. París: Presses Universitaires de France, 2000.
- RASHID, A. *Los talibán*. Barcelona: Península, 2001.
- ROY, O. *La nueva Asia Central o la fabricación de naciones*. Madrid: Ediciones Sequitur, 1998.
- SAKWA, R. *Russian Politics and Society*. Londres: Routledge, 2002.
- SOTO, A. "Some Clues for a Better Understanding of China from Kazakhstan". *Energija/Kazaxctanta*, Almaty, Kazajstán, (septiembre de 2000).

SOTO, A. "Reflections on Central Asia and the World Economy. Threats and Opportunities". *Security, Diplomacy and International Law*. Astana, Kazajstán: Diplomatic Academy and Eurasian State University, 2001.

TOKAEV, K. "Kazakhstan in the International Community". En: Akhmetov, A.K. (ed.) *History of Kazakhstan*, Almaty: Institute of History and Ethnology of the Academy of Sciences of the Republic of Kazakhstan, 1998.

TSEPKALO, V. "The Remaking of Eurasia". *Foreign Affairs*. Vol. 77. No. 2 (marzo-abril de 1998).

Direcciones de Internet

Central Asia Caucasus Analyst

<http://www.cacianalyst.org/>

Central Asian Studies World Wide. Resources for the Study of Central Asia.

<http://www.fas.harvard.edu/~casww/>

Eurasianet

<http://www.eurasianet.org/index.shtml>

INOGATE. Interstate Oil and Gas Transport to Europe

<http://www.inogate.org>

Interactive Central Asia Resource Project

<http://www.icarp.org/kazakh.html>

International Crisis Group. Central Asia

<http://www.crisisweb.org/projects/reports.cfm?keyid=4>

TACIS. The EU & the countries of Eastern Europe and Central Asia

http://europa.eu.int/comm/external_relations/tacis/intro/

The Times of Central Asia

<http://www.times.kg/>

The Globe

<http://globe-kz.narod.ru/>

TRACECA. Transport Corridor Europe Caucasus Asia Programme

<http://www.traceca.org>

Notas

1. Jonathan Tucker, "Biological Weapons in the Former Soviet Union: An Interview With Dr. Kenneth Alibek". En: *The Nonproliferation Review*. Vol. 6, No 3 (primavera/verano de 1999).
2. Para la autopercepción oficial de la CEI véase, "Declaración de los jefes de Estado de los países miembros de la CEI sobre líneas directrices del desarrollo de la Comunidad de Estados Independientes". En: IVANOV, I. *La nueva diplomacia rusa. Diez años de política exterior*, Madrid: Alianza, 2002, p. 330-334.

3. Los medios de comunicación digital en ruso se encargan de mantener un cierto sentido de comunidad en el ámbito cultural euroasiático. En primer lugar en el ámbito informativo. Consúltense las páginas web que incluyen a la prensa rusa, señaladas junto a la bibliografía impresa de este artículo.
4. En verdad, el concepto de *Da Zhongguo* (Gran China), en boga durante la década pasada, es hoy mucho más aplicable al ámbito cultural de ultramar, que no al geopolítico en Asia Central.
5. La idea eurasianista se difunde en la Universidad Euroasiática en Astana, que incluye a la Academia Diplomática de Kazajistán, acaso el centro de educación superior más relevante de Asia Central.